

Manuel Rivero de la Calle en la historia de la antropología en Cuba.

Por Dr. Armando Rangel Rivero

Museo Antropológico Montané

Artículo publicado en: Oficina del Historiador de Ciudad de La Habana. Dirección de Patrimonio – 10 de enero de 2008.

http://www.ohch.cu/noticias/info.php?id_noticia=20080110172128&cat=noticias

Hace 155 años la espléndida y decimonónica ciudad habanera se llenaba de glorias. Una familia franco-catalana de inmigrantes, de los tantos que habitaban la Cuba de entonces, se vio ante el altar de la iglesia de San Salvador del Mundo, en El Cerro, para bautizar al niño Juan Luis Epifanio Montané y Dardé, que nació el 7 de abril de 1849. Sólo los dos primeros años permaneció en la Isla: Tolosa, París y Barcelona lo vieron hacerse bachiller y médico. Pero nadie pudo pensar que se estaba en



presencia de quien 25 años más tarde inició las transformaciones más significativas en el pensamiento antropológico cubano. Modesto, inteligente, sabio y, como todo un caballero francés, amante de la cultura universal.

Cien años más tarde se graduó en la Universidad de La Habana Manuel Fermín Rivero de la Calle, heredero, a través del profesor Arístides Mestre Hevia, de gran parte de la cultura de quien había sido médico de la colonia francesa y el médico oficial del consulado francés de La Habana: el doctor Montané, al cual Rivero de la Calle no conoció personalmente, pero a cuya obra le dedicó horas de estudio. En Rivero confió Isabel Mestre para que atesorara la papelería de su padre y algunos documentos de Montané que conservó Mestre Hevia en vida, hasta su fallecimiento en 1952. Todo este valioso

material lo estudió Rivero con el extraordinario amor científico que lo caracterizaba, y escribió algunos apuntes históricos sobre la vida y la obra del antropólogo cubano-francés.

Consta que en esa época estaba buscando datos sobre otro grande de la antropología cubana, el matancero Manuel Almagro de la Vega (1834-1895), del cual habían hablado tanto Broca como Montané. Y era muy lógico: Almagro fue uno de los primeros antropólogos profesionales que vino a América y formó parte de la Comisión Científica del Pacífico que organizó el Gobierno español en 1862. En ella ocupó la responsabilidad de antropólogo y etnólogo, con la encomienda de formar una colección de cráneos humanos de diferentes razas, armas, útiles de cultivo, de pesca, de caza e ídolos de las culturas americanas. Cuando Almagro de la Vega se vio enrolado en la expedición al Pacífico, viajó a París y solicitó apoyo a Broca, quien enseguida ofreció las tablas antropométricas que había diseñado, para que fueran puestas en práctica en los pobladores de América del Sur.

Esto hoy lo narramos muy fácil, pero hubo una búsqueda incesante por parte del profesor Rivero de la Calle, quien siempre quiso conocer más la obra de Almagro. En el mes de diciembre de 1997 me solicitó que le trajera información sobre él. No me fue difícil, pues dos de sus preciados alumnos españoles, Miguel Ángel Puig Samper y María Dolores Marrodán, investigadores y editores de varios artículos sobre el tema, nos ayudaron a descifrar algunos datos históricos. Primero, que Almagro y Montané se conocieron en París en el Laboratorio de Broca; Almagro, camino de la consagración, y Montané, alumno de Medicina. Segundo, que Almagro no murió en la expedición, como se pensaba.



Prácticas de Osteología con Herrera Fritot

Tercero, que concluyó su vida en La Habana como médico militar, tras redactar las memorias de la expedición que duró desde 1862 hasta 1866, pero nunca supimos qué hizo con los datos que ya había publicado Samper en el *Diccionario Histórico de la Antropología española*.

En honor a la verdad, Rivero fue muy amante de la Historia universal y en particular de la ciencia; fue fundador de las sociedades latinoamericana y cubana de Historia de las Ciencias y la Tecnología, y muchos lo recordamos en aquellos días de junio de 1985 en el

Palacio de Convenciones, cuando Cuba fue sede del primer congreso de esta especialidad. Él nunca hubiese olvidado que 2004 estaba lleno de fechas significativas para la Antropología. Algunas de las personalidades que él recordaría y sobre las cuales escribió, incursionaron en la Antropología sin saber cuántos aportes le harían, y otros arrastraron hasta su muerte la pasión por defender el género homo. Veamos a continuación.

Hace 530 años nació Bartolomé de las Casas (1474-1566); Bronislaw Malinowski (1884-1942) cumpliría 120 años; Charles Darwin (1809-1882), 195 años; Enrique José Varona Pera (1849-1933), 155 años; Felipe Poey y Aloy (1799-1891), 205 años; Florentino Ameghino (1854-1911), 140 años; Henry Dumont (1824-1878), 180 años; mientras otro personaje muy admirado por él –léase el banquero darwinista Jhon Lubbock (1834-1913) cumpliría 170 años. Así son la Antropología y su historia.

Recuerdo que en las postrimerías de la década de los ochenta, Rivero ofreció una conferencia en el paraninfo del Museo de Historia de la Ciencia Carlos J. Finlay, y a la pregunta del ingeniero Emilio García Capote, “¿se nace Antropólogo?”, contestó Rivero, “sí, es como cuando usted va al ballet y observa cómo los niños comienzan a pararse en la punta de los pies y dice, ese o esa serán bailarines”.

Con Arredondo en las Cuevas de Bellamar, 1948



En varias oportunidades hemos oído que Rivero recibió la influencia de Herrera Fritot, de Robiou y de otras ilustres personalidades que le antecedieron. Sin embargo, muy poco se habla de la familia Rivero de la Calle. Soy de los que defienden que tanto su padre, su madre y más tarde sus tías Candita y Mercedes influyeron considerablemente en su formación y consolidación académica. El apoyo familiar resultó determinante, él fue de los que nació científico, de los que hacía disecciones anatómicas desde niño, de los que exploraba de joven y de los que llegó a la Universidad de La Habana con una sólida formación vocacional.



Rivero con García Robiou y Herrera Fritot

El doctor Antonio Martínez Fuentes hace referencia a los trabajos de campo de Rivero de la Calle, a la edad de 17 años, con Felipe Pichardo Moya, cuando el poeta, abogado y arqueólogo camagüeyano dirigía el Instituto de Segunda Enseñanza de esa ciudad. Poco se comenta de sus publicaciones en el periódico *Hoy*, órgano del Partido Comunista, y mucho menos cuando ya

siendo un alumno destacado en la Escuela de Ciencias, dirigió a René Herrera Fritot en una de las expediciones a la Cueva de Carbonera. De esto y de otras muchas cosas habrá que hablar cuando se termine de procesar toda la documentación del Dr. Rivero de la Calle.

Siendo alumno se consolidó entre los grandes de la Espeleología cubana e hizo aportes al arte rupestre del Caribe. Con todo el aval docente que poseyó y el espacio ganado entre los amantes de las ciencias naturales, defendió en la mañana del 28 de junio de 1949 la tesis "Deformación craneana en los aborígenes de Cuba. Estudio comparativo". El tribunal lo presidió el viejo y consagrado profesor Dr. Víctor J. Rodríguez Torralba, expedicionario con Harrington y De la Torre en varias faenas de campo por la región de Baracoa; el secretario fue René Herrera Fritot, y la vocal Luisa M. Alvira. Por unanimidad se le otorgó la máxima calificación.

Tuvo que transcurrir un tiempo en el que su formación como espeleólogo le sirvió para identificar y clasificar las piedras que se debían colocar en una de las carreteras que le tocó construir antes de hacer crecer a varias generaciones de cubanos en el amor a esta disciplina.

Sin temor a equivocarnos, podemos afirmar que Rivero nació para ser antropólogo e impartir docencia: así comenzó en la Escuela de Artes y Oficios de Trinidad, en el Instituto de Segunda Enseñanza de Santa Clara y con posterioridad se convirtió en uno de los fundadores del departamento de Antropología de la Universidad Central de Las Villas. Sin embargo, su capacidad de trabajo y la carencia de profesores en la Universidad de La

Habana después de enero de 1959, lo hicieron trasladarse y asumir diversas responsabilidades. La salida de Herrera Fritot, por acuerdo del claustro universitario, la muerte de García Robiou, la jubilación de Teresa Gurri y la Reforma Universitaria, cambiaron el panorama en la Cátedra de Antropología y su Museo.

Rivero asumió la máxima responsabilidad del entonces departamento de Antropología, y desde 1962 proyectó un programa de cómo debía ser, no sólo la enseñanza, sino también la preservación del patrimonio antropológico.

Inició la colaboración con diversas instituciones nacionales, asesoró al Museo Guamá, al de la naciente Academia de Ciencias de Cuba y su departamento de Antropología, el Instituto de Etnología y Folklore, así como cuanta institución cultural le pidiera apoyo. Es por ello que lo veíamos en las actividades de la Casa de Las Américas, en la preparación de materiales fílmicos en el ICAIC, o en la edición de sellos por el 60 aniversario del Museo Montané.

En octubre de 1963 Rivero formó parte de la Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, que presidían José A. Portuondo, Elías Entralgo, Rosario Novoa, Fernando Ortiz y Argeliers León. Fue un período rico para la cultura cubana. Con el profesor uruguayo Sergio Benvenuto organizó en el Centro de Arte de San Rafael la exposición y conferencia *Arte Prehistórico Europeo y Pictografías Indocubanas*.

Con el profesor Checo Boshuslav Hejtman, de la Universidad Carolina de Praga, preparó las conferencias sobre la problemática de la clasificación de las rocas eruptivas y metamórficas, mientras con el eslovaco Milán Pospisil y el suizo Tore E. Hokanson desarrolló el programa de colaboración y asesoramiento científico para llevar adelante la nueva antropología cubana.

Rivero no se cansó nunca, trabajó siempre; incluso, cuando pasaba por algún país y veía una colección de gran valor, la analizaba y estudiaba, y ponía sus resultados al servicio de todos en una modesta, sencilla pero importante publicación, razón por la cual hoy contamos con valiosas obras como: *Calvaria cubana precolombina en el Museo Británico*, editado por la Imprenta de la Universidad de La Habana en julio de 1967; *Estudio antropológico de dos momias de la cultura paracas*, por el Centro de Información

Científica y Técnica de la Universidad de La Habana en enero de 1975, o *Estudio comparativo y localización del hacha de Cueva Ponce*, cuyo original está en el Museo de América de Madrid y que una vez descrita y estudiada, publicó en la revista Santiago en 1985.

Su apoyo y dedicación a las investigaciones sobre la historia de la Antropología nunca desmayaron. En 1988 emprendió junto a Ramón Dacal Moure una nueva aventura: conmemorar el centenario de los hallazgos de El Curial, y hacia Sancti Spíritus se trasladaron; posteriormente redactaron un material mimeografiado y un libro aún inédito, que es el trabajo más completo que se ha escrito sobre el mal llamado *Homo cubensis*.

Por adversidades de la vida, no estuvo presente físicamente en el centenario del Museo Antropológico Montané en junio de 2003; sin embargo, debo explicar que desde el 60, hasta el 90. aniversario del museo, participó activamente en cada una de las jornadas científicas que se prepararon. Estuvo presente en el nuevo montaje de la sala, así como en la expedición a la Cueva de El Perico, en la que participó el investigador noruego Thor Heyerdal, los arqueólogos norteamericanos David Watter y Daniel Sandweiss, los cubanos Roberto Rodríguez y Milton Pino, y recordaré siempre que antes de partir hacia Pinar del Río se hizo la visita de trabajo a Ramón Dacal Moure, quien ofreció algunas sugerencias sobre la región donde se excavó. Fue el período en que Dacal y Rivero preparaban su último libro sobre el arte aborigen cubano.

Rivero fue un hombre que necesitó muy poco para ser feliz, un buen trabajo de campo con resultados, una tertulia con vino casero, sus fabulosas y rigurosas clases cargadas de anécdotas, muchas diapositivas y teclear incansablemente sobre sus máquinas de escribir el nuevo texto para divulgar entre las presentes y futuras generaciones de antropólogos.